

JOSE IRAOLA

(1881-1967)

Dr. Victor Armand Ugon

Nace el 22 de abril de 1881 en la ciudad de Lascano, Departamento de Rocha, y su primera infancia transcurre en el establecimiento de campo de su padre, un vasco recio y luchador, que supo inculcarle el amor al trabajo manual bien realizado y legarle la nobleza de su hidalga raza.

Las dilatadas llanuras esterales de Rocha le transmitieron la nostálgica melancolía de la soledad de nuestra campaña, actitud sentimental que mantuvo toda su vida.

Inicia sus estudios primarios en la modesta escuelita rural, para complementarlos en la prestigiosa institución de enseñanza dirigida por el conocido educador don Carlos de Jovellanos.

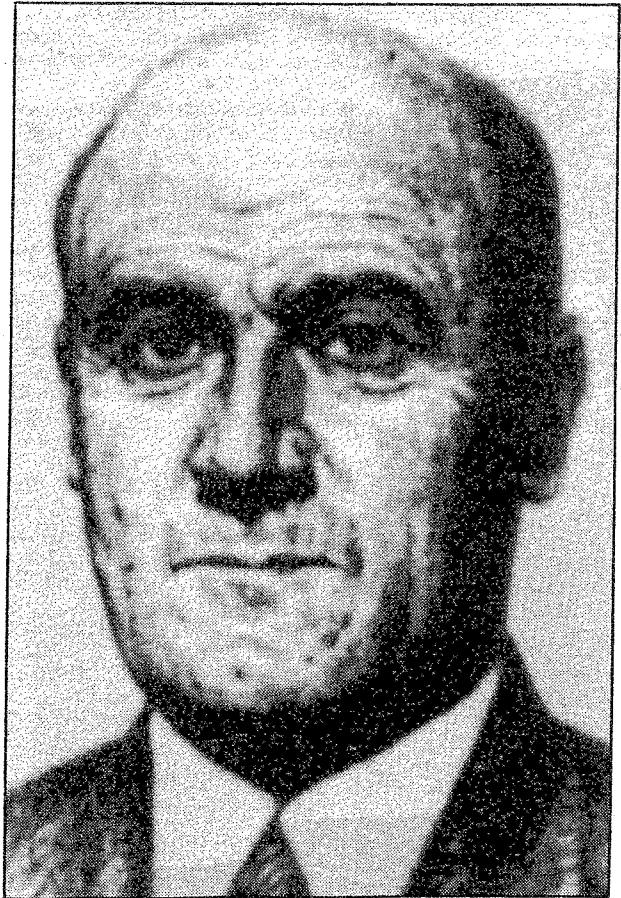
En la Universidad cursa sus estudios secundarios destacándose, ya entonces, por sus brillantes condiciones intelectuales, en medio de una generación particularmente dotada que iba a gravitar en fundamentales aspectos de nuestra vida nacional, integrada entre muchos por don Daniel Castellanos, Alfredo de Castro, Cayetano Carcavallo, Juan J. Amézaga, Ernesto Llovet, Domingo Prat, etc.

Ingresa en la Facultad de Medicina en una promoción de figuras destacadas, Eduardo Blanco Acevedo, Abel Zamora, Alberto Mañé, José P. Urioste, José Bonaba.

Principia su actividad hospitalaria en 1904, durante esa sangrienta revolución que dejaría millares de muertos; luego en 1906 pasa como practicante interno al Servicio que regenteaba con tanta ciencia como bondad el Dr. Luis P. Lenguas, en las salas Santa Filomena y de Niños, que luego se transformaría en Mateo Vidal. Inicia con este maestro íntimos vínculos de amistad y colaboración que perdurarían hasta la muerte de aquel cirujano.

Graduado de médico en 1907, viaja a Europa el año siguiente en compañía del Dr. Alberto Mañé, instalándose en París, donde permanecerá durante tres años junto a los brillantes maestros franceses de la época. Allí consolida sus conocimientos médicos. Dos figuras estelares de la cirugía en los próximos años son sus amigos, Paul Lécène, ejemplo máximo de la cirugía francesa, prematuramente fallecido, y Pedro Chutro, que en su patria (Argentina) se transformaría en insuperable maestro.

Llegado al Uruguay, en 1911, reinicia sus actividades en el Hospital Maciel, junto al Prof. Lamas y con el Dr. Lenguas. En el Servicio de "Puerta" colabora intensa-



JOSE IRAOLA

mente con el Dr. Manuel B. Nieto, primer cirujano uruguayo que suturaba una herida de corazón.

En 1912, el Presidente don José Batlle y Ordóñez

crea el Servicio de Cirugía de Urgencia del Hospital Maciel. Primero en su género en el país; para estar a su frente son designados Garibaldi Devincenzi, Manuel Albo, Domingo Prat y José Iraola. Durante más de diez años ese Servicio de Urgencia realizó toda la cirugía de urgencia de Montevideo y departamentos limítrofes, pues —y sólo más tarde— funcionaron el Pereira Rossell y el Pasteur, transcurrido el año 1922.

Allí el Dr. Iraola, conjuntamente con sus colegas, realizaron verdaderas proezas quirúrgicas, acrecentadas por la precariedad de los medios auxiliares, creándose verdadera cátedra extra académica de toda la difícil cirugía de urgencia, escuela insustituible por la que desfilaron y aprendieron todos los practicantes internos y los futuros cirujanos.

En 1932 fue designado Jefe de Cirugía del mismo Hospital, en la Sala Mateo Vidal y luego Larrañaga, desempeñando sin interrupción dicho cargo durante 35 años hasta su fallecimiento en febrero de 1967.

Hombre de elevada talla, de anchas espaldas, de mirada afectuosa, era Iraola un amigo encantador; sencillo, sentimental, romántico. Era reservado, más que distante; y esa aparente reserva estaba fundamentada en el desprecio por la vulgaridad y chabacanería. Muy sensible, temía que se traslucieran sus sentimientos más íntimos.

Siempre rehuyó los títulos honoríficos y homenajes que se le quisieron tributar; y, cuando en alguna oportunidad tuvo que aceptarlos —por ser solidario con otros colegas—, le resultó verdaderamente penoso tener que sufrirlos.

Sus gustos fueron sencillos. Sin ambiciones políticas, en 1959 rehusó el Ministerio de Salud Pública que le fue ofrecido por el Consejo Nacional de Gobierno.

A pesar de su extraordinaria erudición no dejó obra escrita concorde a su destacada actuación quirúrgica y amplitud de conocimientos. Este vacío es atribuible a su profunda modestia que subestimaba su real valía.

Siempre mantuvo contacto con los más destacados cirujanos franceses, y muy amigo de los argentinos, fue miembro honorario de la Academia Argentina de Cirugía.

El hogar y los libros fueron su refugio. Lector infatigable, le apasionaba la literatura y llegó a poseer una extraordinaria biblioteca de libros finamente encuadernados y valiosos. Acostumbraba discurrir con sus internos sobre sus lecturas para incentivar en ellos su formación cultural extra médica.

No gustaba filosofar, pero no eludía los grandes problemas, sabiendo precisar fuertemente sus opiniones.

Gran aficionado de la pintura y de la escultura —de las que era fino conocedor—, se rodeó de notables colecciones. Cultivó íntima amistad con artistas nacionales como Pedro Figari, Blanes Viale, Carlos Castellanos, José Luis Zorrilla de San Martín, etc.

Como hombre de familia, despertó siempre el cariño y la admiración de esposa e hijos, de los que fue permanente y entrañable amigo.

El cirujano: su carrera como cirujano y colega fue ejemplar, aceptando con nobleza cualquier crítica.

Durante un cuarto de siglo fue el cirujano de todo Montevideo, en su moderno sanatorio del Br. Artigas.

Esquivo de cualquier solemnidad, con su llaneza rehuía los oropeles y grandilocuencia de los cirujanos mandarines cuya autoridad no podía ser discutida.

Poseedor de gran habilidad manual, resultaba un verdadero artista en el acto quirúrgico, operando velozmente aunque sin precipitación, con esa rapidez formada de simplicidad técnica, nitidez y precisión. Evitaba gestos inútiles para realizar una cirugía suave y atraumática. Supo siempre decir las palabras justas para llevar serenidad al enfermo que se entregaba sin temor a sus hábiles manos, quien, decía Iraola, le entregaba confiéndole también plenos poderes sobre su vida.

En el anfiteatro su figura se agigantaba: con grandes incisiones sabía iluminar como nadie un pedículo hepático difícil; utilizaba eficientemente a sus ayudantes. En sus manos el abordaje del colédoco y de la papila parecían demasiado fáciles. El acto quirúrgico realizado con método, suavidad, destreza, embelesaba a los que asistían a sus operaciones.

Iraola, desde que incidía la piel y penetraba armoniosamente en la profundidad de los tejidos, transformaba la operación en una sucesión de láminas plásticas de conmovedora belleza. El cirujano brillante se doblaba en un artista, todo con espontaneidad, sin sobresaltos. La cirugía es arte noble para quien vuela tan alto.

No se exagera afirmando que la cirugía moderna atraumática, precisa, fue implantada en nuestro país por las enseñanzas de Iraola y que irradió para las nuevas generaciones de cirujanos.

Este gran cirujano, siempre esclavo de su deber, vivió silenciosa y discretamente y lo hizo como lo haría el sabio humanista que fue.